

Pedro Armillas: una semblanza personal

Manuel Gándara*

Tal vez más que “semblanza”, el subtítulo de lo que el lector tiene en sus manos debería ser “una anécdota personal”. No intentaré hacer una reseña biográfica ni bibliográfica, o entrar en detalle sobre una relación que, aunque intensa, fue breve. Pretenderlo sería además redundante, después de haber escuchado las excelentes contribuciones que José Luis Lorenzo, Carlos Navarrete, Eduardo Matos y Teresa Rojas hicieron en la velada que en memoria de Armillas tuviera lugar el 14 de agosto de 1984 en el Auditorio Sahagún del Museo —contribuciones que tengo entendido pronto serán publicadas en un volumen que reunirá, además, lo más importante de la producción de Armillas. Así que en lo que sigue narraré más bien una experiencia personal que tal vez ilustre una faceta en la personalidad de este gran mesoamericanista.

Algo de inmediato impresionante de Pedro Armillas, al menos para cuando yo le conocí, era la aparente contradicción entre su apariencia formidable y su tamaño físico real. No sé si se debía a la inseparable pipa —frecuentemente apagada— que él blandía como arma durante las discusiones (puntualizando argumentos, recalcando datos, matizando), o la profundidad de su mirada; pero el hecho es que “Don Pedro” causaba la impresión de ser más alto y fornido de lo que era en realidad.

Cualesquiera que fuese la causa, el efecto era imponente, en particular en un estudiante de arqueología del 5o. semestre que había concursado de último momento para una beca en el llamado

“Primer Taller de Adiestramiento Avanzado en Arqueología”, en 1973. El Taller intentaba contribuir a la capacitación del personal del INAH, en particular de los Centros Regionales, y se invitó para el efecto a tres grandes arqueólogos: a Armillas, que coordinaba el Taller, y a los doctores Sanders y Flannery, para conjuntar así un trío cuya brillantez va a ser difícil repetir.

Es probable que mi impresión inicial la hayan compartido los otros miembros del Taller¹. A mí me parecía además que a la aparente contradicción mencionada se sumaba otra: detrás de la fortaleza y casi la solemnidad, en el fondo de aquella mirada amenazadora había un hombre capaz de una gran ternura, un especial sentido del humor y un gran ingenio —casi malicia, siempre bien intencionada— que, dentro de las restricciones de su papel como decano y coordinador del Taller, era un maestro dispuesto a hacer acopio de paciencia y escuchar con interés (dadas ciertas reglas —como se verá) hasta las más inoportunas de las preguntas de sus alumnos.

Don Pedro era un hombre tenaz y de gran resistencia en el campo, a pesar de la dificultad que sin duda significaba la movilidad restringida de sus piernas, que dicho sea de paso, más que impedimento, Don Pedro lucía como medalla y permanente recordatorio de su participación en la Guerra Civil española. Reconociendo sitios, señalando

¹ (Linda Manzanilla, Teresa Rojas, Luis Rodrigo, Lorenzo Ochoa, Emilio Bejarano, Alejandro Martínez, Jordi Gusinier, Arturo Oliveros, Otto Schondube, y los compañeros que se nos unieron, Marcela Frangippanne y Angeles Romero).

* Especialidad de Arqueología, ENAH.

elementos del paisaje —en general, como arqueólogo de campo, en lo que nos tocó verle— era tan tenaz como las proverbiales botas (“la arqueología se hace con los pies”. . . “mi arqueología es pedestre. . .”), o el clásico sombrero invencible a pesar del número de veces que la lluvia nos sorprendió caminando por la Cuenca de México.

Era un español refugiado de un tipo del que no quedan muchos. Como buen español, si es que el estereotipo vale, hablaba fuerte y era directo, casi rudo, cuando algo no le gustaba o no le convencía enteramente —aunque luego dejaba ver que quizás se había excedido; pero de la misma manera, no se guardaba la palabra de apoyo o el reconocimiento a la creatividad, o no intentaba desmeritarla auticitándose como la fuente única de todas las ideas interesantes, a pesar de que muchos en efecto nos nutrimos de ellas.

Los contrastes no faltaban en Don Pedro. Su trayectoria militante iba pareja con su debilidad por los buenos hoteles, la buena comida y, en general, la buena vida. Es una lástima que no nos hayamos tomado en serio la idea de recopilar en su momento las famosas “rutas gastronómicas de Armi-llas” —más confiables que la Guía Azul. Otro contraste era su desdén por las modas académicas, habiendo sido el pionero de la arqueología marxista en México, miraba con alguna reserva no sólo a la naciente moda materialista histórica, sino a la novedosísima “Nueva Arqueología” y otros “ismos” del momento.

Esto no significa que Don Pedro no estuviese al día; por el contrario, tuvimos amplia oportunidad de comprobar que iba adelante de la disciplina. Para muestra dos botones: su insistencia en lo que él llamaba “la arqueología haciéndose” (o en la frase que usaba con sus alumnos estadounidenses, “archaeology in the making”), y su otra contribución, la “arqueología del paisaje”.

La primera pudiera no parecer novedosa hoy día, considerando el número de libros actuales sobre etnoarqueología, arqueología de materiales contemporáneos y arqueología experimental; pero en 1973 no era común que un profesor parase el camión en camino a un sitio arqueológico, para hacernos observar con detalle el proceso de destrucción progresiva del casco abandonado de una hacienda, el desplome de un muro, o la disposición de basura en un huerto campesino actual; o para acosarnos con acertijos continuos sobre cuál podría haber sido la secuencia de abandono en un sitio, y hasta dónde

su apariencia actual respondía a procesos de alteración post-deposicionales. Su experiencia excavando las aparentemente incomprensibles secuencias estratigráficas de Tlahuac sin duda le dió una perspectiva especial sobre la forma en que el material arqueológico puede llegar hasta el lugar donde el investigador finalmente lo encuentra. Como ha señalado Navarrete, le debemos además la creación de los cursos sobre técnicas arqueológicas en su forma actual, particularmente para la excavación, que Don Pedro insistía era el análogo a una mesa quirúrgica, y por lo tanto requería de la misma asepsia y esfuerzo constante para —en forma creativa entender qué había pasado en un sitio.

La segunda temática, la “arqueología del paisaje”, era tal vez una preocupación que se derivaba de su admiración por el trabajo del arqueólogo inglés O. G. S. Crawford, uno de los pioneros de la utilización de la fotografía aérea en arqueología y fundador frecuentemente olvidado de algunas prácticas hoy día comunes en la arqueología de superficie. Para Don Pedro la arqueología de patrón de asentamientos no era una simple opción: era una necesidad. Pero había que trascender los niveles de análisis normalmente señalados (la unidad doméstica, el sitio, la región), para ver cuál es la relación real entre estas unidades y el paisaje como suma de factores geomorfológicos, climatológicos, etc., como sustrato de una actividad humana en donde una de las variables importantes es precisamente la tecnología extractiva (insistencia que lo separa de las diferentes formas de determinismo ambiental encubierto que no son raras en la actualidad). La tradición que Don Pedro inauguró en arqueología desde los finales de los años cuarentas, del estudio de la tecnología no en abstracto sino en el caso concreto —llevando al arqueólogo forzosamente al estudio comparativo y de las fuentes— alcanza un nuevo matiz cuando se la integra al paisaje. Don Pedro creía que dada la naturaleza de la interacción entre la actividad humana y su entorno, una observación cuidadosa del paisaje podía incluso servirnos como elemento predictivo en el trabajo de superficie y permitirnos optimizar la excavación. Tal vez por lo mismo no era un gran entusiasta de procedimientos automáticos de selección de muestras, como comentaré más adelante.

Algunos colegas lamentaron siempre que Don Pedro publicara poco y que no haya un volumen que constituya su obra magna y definitiva. Yo quisiera señalar que, para empezar, la lista total de pu-

blicaciones (que está siendo compilada para su publicación en el libro de homenaje mencionado antes), no es tan corta como algunos pudieran pensar. Pero, más importante aún, me gustaría plantear como hipótesis que la obra real de Don Pedro nunca estuvo escrita. Se trata fundamentalmente de una obra como formador de arqueólogos, de una obra docente. Don Pedro era una "máquina" de producción de ideas y por lo mismo, un excelente maestro, continuamente generando líneas de investigación que tal vez él no siguiera siempre en forma personal, pero que resultaron cruciales en la formación de muchos de los más importantes arqueólogos mesoamericanistas de hoy. Esta fertilidad intelectual, en mi opinión, no se reducía o resultaba solamente del enorme dominio sobre los materiales, o de su temeridad para proponer ideas nuevas y poco ortodoxas, sino, en buena medida —y quizá en forma aparentemente contradictoria— de su rigor metodológico. Esto me lleva a narrar lo que, de esa experiencia de 1973, dejé una marca más profunda en quien esto escribe y que me hace pensar que una de las habilidades que tal vez Don Pedro mejor que nadie podía comunicar a una alumno, era la de cómo entender la naturaleza de la actividad científica.

Como prelude a la anécdota, vale la pena señalar que Don Pedro era uno de los polemistas más formidables que he conocido. Agudo, rápido, poseedor de una ironía capaz de hacer que hasta el más ecuaníme interlocutor se involucrara profundamente en la discusión, como docente era particularmente efectivo en la polémica, aún más que en la cátedra magistral misma. Y la polémica involucraba siempre pasión: parecería que si ésta no era posible, el tema no valía la pena como para ser discutido.

Un tema que ameritó su pasión (y la de nuestros otros dos maestros en el Taller), fue precisamente el del muestreo probabilístico. Estando en Tierras Largas, Oaxaca, Flannery nos introdujo al procedimiento de muestreo que Marcos Winter había seguido en su excavación de esta aldea del Formativo. Marcos amplió con detalle cómo el control probabilístico permitía hacer inferencias que trascendieran, con límites de confiabilidad conocidos, la muestra obtenida en la excavación. En particular, cómo podían extrapolarse los datos encontrados, para tener una idea del número de unidades domésticas presentes en el sitio.

Por alguna razón, la discusión pasó de la excavación a la superficie, tema favorito de Sanders, dada

su experiencia en el reconocimiento de la Cuenca de México. Pronto se generalizó la polémica, entrando como nuevos elementos el del grado hasta el que era realista (ya no sólo en excavación, sino en superficie misma), pretender contar con coberturas "totales" como la de la Cuenca. Pronto los alumnos estaban interviniendo también, algunos con ciertas dudas sobre la confiabilidad de la arqueología de superficie misma —con muestra o con cobertura parcial. En poco rato habíamos pasado de la posible utilidad del muestreo en excavación, a la confiabilidad de los datos de superficie y la indispensabilidad o no de controlar la calidad y/o hacer más eficiente el uso de las muestras de superficie.

El tema tocaba en forma muy cercana el trabajo de los tres profesores, así como el de el propio Marcos y las experiencias de varios de los alumnos. El tono de voz fue subiendo. Los interlocutores empezaron a añadir algunos comentarios iónicos laterales, y llegó el momento en que se interumpían unos a otros, hablaban al mismo tiempo; Armillas en particular empezaba a molestarse porque una que otra de las participaciones eran más bien descripciones de casos concretos, o bien meros pronunciamientos de acuerdo o desacuerdo sin mayor substancia.

A mí la situación me pareció en principio interesante, e incluso aproveché para subirme al techo de nuestro vehículo (el famoso camión Ramírez) y documentar fotográficamente las expresiones de los participantes, mismas que iban adquiriendo mayor intensidad ayudadas un poco por un venticillo que soplabá asistentemente y le añadía tensión al asunto. Pero llegó un punto en que, primero, el tono empezó a ser un tanto agresivo, y, segundo, a mí me parecía que había manera de congeniar las posiciones en pugna. Así que me armé de valor (y me recogí el pelo, que me llegaba en aquella época a los hombros), e intenté intervenir —por desgracia interrumpiendo a Don Pedro.

"Profesor, yo creo que. . ." —inicié. Don Pedro me miró (juro que sentí que el pelo se me acortaba de repente) y dijo —"A creer a la iglesia, jovencito. . . En la ciencia se argumenta."

Recuerdo que de momento sentí que me hundiría en la capa II de Tierras Largas, aunque mi primera reacción fue de protesta. Pero en realidad yo no tenía un argumento y mi participación iba a ser una opinión más del tipo que precisamente había irritado a Don Pedro.

El incidente fue tal vez una de las enseñanzas más fuertes pero más importantes para mí en el Taller

de 1973; la intención del comentario era clara, en especial porque aunque tal vez él prefería salir con la mejor parte en una polémica, ésta es una máxima que Don Pedro aplicaba; los calificativos, las etiquetas o epítetos, los gestos (paternalistas o de cualquier otro tipo), los gritos, los golpes en la mesa, pueden ayudar a dar énfasis, pero no constituyen argumentos. Y la discusión científica depende y requiere de argumentos si ha de ser una discusión productiva. Pero una vez que se tiene un argumento ya no se trata simplemente de cuestiones de opinión o de creencia, sino de la solidez de la justificación y de la validez lógica del argumento mismo —el prefacio “yo creo” puede ser una forma cortés de iniciar el argumento, pero es, en términos estrictos, innecesaria.

La máxima armillana la ví en operación en memorables batallas intelectuales entre Don Pedro, Flannery y Sanders (excelentes polemistas también); batallas que frecuentemente acababan en campales

cuando participábamos los estudiantes. En vez de las interminables (y aburridas!) discusiones sobre datos particulares, las polémicas con Armillas eran como juegos de ajedrez: toda vez que uno había aceptado ciertas premisas, podía protestar y dar de gritos, pero la conclusión era mate en tantas jugadas. Había que buscar entonces qué premisas eran las dudosas y cambiar la estrategia. . .

Aunque pueda parecer un sistema poco respetuoso de los individuos, no lo es en tanto preserva y respeta a la discusión en sí. Para mí, estas discusiones (y el descubrimiento fascinante de que la arqueología podía tener una teoría y dar respuesta a preguntas relevantes) formaron la parte más productiva del Taller, y en particular de la contribución de Don Pedro. No sé si a él le hubiera molestado, pero desde hace ya varios años inicio mis cursos sobre el origen del estado (en que precisamente analizamos teorías) narrando la anécdota. Y he de agregar, funcioná. . .